

# Una minúscula lágrima anaranjada\*

LUIS MIGUEL RIVAS

Escritor y realizador audiovisual.

*Para Gustavo Montoya, "Chorrillo"*

Papá Noel se tomó otro aguardiente, se puso de pie y caminó tambaleante hacia el orinal. Su gordura deforme, con abultamientos y tolondrones que se removían bajo la barriga al ritmo de los pasos, empezaba a acumularse por encima del cinturón negro, como si se le estuviera derramando el pecho. Cruzó en medio de las mesas de billar, hizo bromas con un par de hombres que conversaban mientras pasaban la tiza por la punta de los tacos, y se perdió tras la puerta.

Luis lo miró entrar al baño y tomó el talego rojo que reposaba sobre la mesa, en medio del cenicero repleto, las copas, la coquita con trozos de fruta y los vasos con el agua que servía de pasante. Hurgó el fondo del talego vacío, tanteó, volvió a dejarlo donde estaba, llamó al mesero y pidió otros dos tragos. Luego miró hacia afuera. Al otro lado de la calle, en el parque de Envidado, la gente transitaba entre los árboles repletos de bombillas coloridas como frutos encendidos; frente a la iglesia, cuyo reloj marcaba las 12:00, se erguía una gigantesca estructura metálica en forma de ángel rechoncho que portaba en sus brazos un cubo cubierto con papel regalo, rematado por un moño. Dos borrachos abrazados pasaron por la acera cantando una ranchera

y detrás de ellos una familia joven, el padre y la madre riéndose a carcajadas y los dos chicos adelante de ellos jugando con una lata de cerveza. Luis volvió a coger el costal y cuando Papá Noel regresó del baño se lo extendió.

—¿Estás seguro de que sacaste todos los regalos?

Papá Noel lo miró entre sorprendido y asustado:

—Todos. Llevo media hora hablándote de eso.

El mesero llegó con los tragos y empezó servir.

—Jorge, estos anotámelos a mí —dijo Papá Noel.

Jorge llenó las pequeñas copas con el líquido ardiente, vertió agua de una jarra plástica en los vasos de vidrio y puso en la mitad de la mesa una coquita que contenía naranja cortada en cascos y pequeños cubos de coco. Luego miró a Papá Noel.

—Disculpame, Bernardo, pero la cuenta tuya está muy alta y don Álvaro dijo que te paráramos el crédito hasta que abonés, porque te estás volviendo muy duro pa pagar.

Papá Noel se irguió y lo miró fijo.

—Jorge: ¿sabés cuántos años llevo yo bebiendo en este negocio? Desde antes de

\* Tomado del libro de cuentos *¿Nos vamos a ir como estamos pasando de bueno?*, editado por Seix Barral Editores, 2017.

que vos empezaras a trabajar acá. Y nunca he quedado debiendo un solo peso.

—Yo sé, Bernardo, pero es una orden de don Álvaro.

Papá Noel se puso de pie, se subió la barriga con las dos manos y luego levantó un brazo como para dar comienzo a un discurso, pero Luis lo haló de nuevo hacia la silla.

—Dejá, no importa, yo estoy invitando hoy, estamos celebrando —luego se dirigió al mesero—, danos media botella.

Papa Noel se quitó el gorro y lo tiró sobre el talego desmadejado. Tomó un casquito de naranja y lo chupó. En su barba blanca quedó engastada una minúscula lágrima anaranjada.

—No te preocupés —le dijo Luis palmoteándolo con una sonrisa—, todo está bien esta noche. Estamos contentos.

Habían estado contentos muchas veces en ese mismo sitio, el bar El popular, donde se reconocían de tanto verse tomando aguardiente en mesas distintas. Pero nunca se habían dirigido la palabra hasta la mañana de un domingo de febrero, cuando Luis llegó directo a la barra, tembloroso, a pedir un trago. Bernardo estaba solo en una de las mesas que daba a la calle. Tenía una copa en la mano y recitaba algo para alguien que no estaba. En la silla desocupada había una bolsa grande llena de panes de hamburguesa y un maletín de cuero. Luis lo miró un instante y se empinó sobre la barra para hablarle al dueño del negocio.

—Menos mal hay gente peor que yo.

—Está despechado desde la semana pasada —dijo Álvaro sin levantar la cabeza, absorto en las cifras que anotaba en el reverso de un cartón de cigarrillos.

El cuerpo huesudo y largo de Bernardo no se acomodaba bien en la pequeña silla, pero su posición parecía natural, como si la incomodidad fuera su manera de ser. La piel del rostro ceñida a los huesos, las oje-

ras, la flacura esquelética y los ojos vidriosos mirando más allá de la vista le daban cierta respetabilidad de vampiro emparrandado. Su monólogo se hizo más audible y de un momento a otro se puso de pie y empezó a recitar con voz ronca mientras miraba hacia las palomeras en lo alto de los árboles del parque:

—¡No se culpe, pues, a nadie de mi muerte! ¡Pero a aquellos que por casualidad me oyeran, quiero darles este consejo de un hombre que fue un día como ellos...!

Luis levantó los hombros y pidió otro trago. Sabía que Bernardo no era un loco porque lo había visto muchas veces en el local. Tal vez algo poeta, se dijo. Un bohemio. Le caía bien.

Bernardo dio vuelta bruscamente, se dirigió a la barra y empezó a recitar frente a Luis y Álvaro con tal convencimiento y con tan tremendo vozarrón que lo que decía no podía sino ser la pura verdad:

—¡Nunca, jamás, en el más remoto de los jamases, pongan los ojos en una muchacha que tiene mucho o poco que ver con un físico dietético! —dijo y se quedó callado. Luego volvió a su silla dando pasos trascendentales.

Aunque todo aquello le parecía absurdo, Luis sintió un escalofrío. Se le aparecieron patentes imágenes que solo a ratos lograba difuminar con los vapores del licor: las caras de sus dos hijos. Aunque no había comprendido las palabras sintió que entendía al loco que las había pronunciado. Le ofreció un trago; Bernardo le devolvió el ofrecimiento y diez minutos más tarde estaban sentados en la misma mesa, brindando y hablando como si se conocieran de toda la vida.

—¿De dónde sacaste eso que estabas diciendo?

—Soy actor —dijo Bernardo y señaló la bolsa con los panes— y hamburguesero. Las palabras son de un cuento.

—Ummm.

—Se llama “Dieta de amor”... El cuento.

Por esa época Bernardo tenía su puesto de hamburguesas en una esquina principal de Envigado y todavía no se había quebrado. Las hamburguesas y el teatro eran su vida. Unas le daban para vivir y el otro le permitía sentir que estaba viviendo. Las dos cosas las había aprendido desde la adolescencia con los mejores maestros. Los secretos de las carnes y los panes le fueron revelados por un viejo cocinero, sabio y mañoso, con el que había trabajado durante más de diez años en una gran cadena de comidas rápidas; y la pasión por la actuación se la había inoculado Cristóbal Peláez, un actor genial, vecino suyo, que después de pasar una temporada en Europa volvió obsesionado por contaminar con el teatro a quien se encontrara en la calle. Bernardo ejercía la hamburguesería con la misma mística, talento y dedicación que le dedicaba a la actuación, pero sin una sola pizca de sentido administrativo. Su conducta en el negocio parecía regida por un mandato: “si quieres ser feliz gasta siempre un poco más de lo que ganes”.

Por esos días Luis estaba tratando de ajuiciarse después de haber recibido una reprimenda en el banco por sus llegadas tarde con aliento alcorado. No había dejado de beber, pero sabía que tenía que hacerlo ya. Incluso había asistido a algunas reuniones de Alcohólicos Anónimos. Era la época en que recién le habían prohibido ver a sus hijos y acercarse a menos de cien metros de distancia a la casa donde Sandra vivía con los niños y con su nuevo marido.

Después de aquella mañana siguieron encontrándose en El popular a beber sin medida y a conversar de todo y de nada. Luis, que en su vida había pisado un teatro, fue a una de las presentaciones de Bernardo. Terminó enredado en las tertulias con

sus amigos vagos, poetas, intelectuales de pueblo. En algunos de ellos encontraba una inexplicable vitalidad, a pesar de las circunstancias, de la que él se sentía carente. Le parecían raros, distintos, tal vez demasiado habladores de paja, pero más cercanos que sus cercanos. Se metieron en una borrasca de borracheras maratónicas y parrandas pantagruélicas que les duró cuatro meses, hasta el momento simultáneo en que Luis se vio obligado a dejar de beber y el negocio de hamburguesas de Bernardo quebró estrepitosamente.

Luego de la debacle económica y la sobriedad obligada dejaron de verse con tanta frecuencia; coincidían en El popular, Luis con un pocillo de café en la mano y Bernardo con un trago o con un café según las circunstancias de su bolsillo.

A comienzos de ese diciembre las circunstancias daban escasamente para café cuando a Bernardo le resultó el trabajo de Papá Noel en un supermercado. Luis ajustaba diez meses sin beber. Durante el tiempo de sobriedad la mente se le había aclarado y se le notaba más tranquilo o por lo menos más reconciliado con su intranquilidad. Su carácter fue cambiando y se volvió menos hablador, más introvertido, pero a la vez más reposado y menos amargo.

El 16 de diciembre se encontraron en El popular después de varias semanas de no verse y Bernardo empezó por contarle sobre su nuevo trabajo. Luis, que había llegado con un aire abstraído, se quedó en silencio un momento. Luego lo miró como si lo viera por primera vez.

—Y por las noches, cuando salís del trabajo, ¿qué hacés con el disfraz?

Bernardo contestó sin entender el sentido de la pregunta.

—Me lo llevo para la casa... ¿Por qué?

Luis le explicó. Había reflexionado mucho durante los últimos meses. Quería tratar de resarcir un poco el dolor que había

ocasionado. Estaba arrepentido y aceptaba con humildad las consecuencias de sus actos. Pero quería por lo menos imaginarse la alegría de sus hijos o intervenir en algo que les diera un poco de felicidad.

—¿Y en concreto, qué querés? —le dijo Bernardo.

—Necesito que vos seás el Papá Noel de mis hijos.

—Contá conmigo —dijo Bernardo como si fuera lo más natural—, pero yo el 24 salgo del trabajo a las nueve de la noche.

—Nos encontramos a las diez, aquí —dijo Luis con una sonrisa. Luego se puso serio—. Pero no quiero que esto sea un favor sino un trabajo por el que te voy a pagar.

—¡Cómo se te ocurre! —Bernardo levantó el dedo índice y lo movió a los lados.

—¿No te vivís quejando de que acá no valoran el arte?

Bernardo se quedó callado. Luis sacó tres billetes.

—Es el pago de un trabajo —repetió, se acercó y le metió los billetes en el bolsillo derecho de la camisa.

—Ahora no necesito, tengo trabajo, Luis —dijo Bernardo sin moverse.

—Temporal... y deudas. Dejate de prejuicios —la punta de los billetes se había salido por el fondo descosido del bolsillo.

—¿Vos cuándo has visto un palo de mangos que cobre por dar mangos? —dijo Bernardo.

—Pero no le sienta mal una regadita de vez en cuando —Luis sacó los billetes del bolsillo roto y los depositó en el bolsillo del lado contrario. Luego volvió a su silla y se acomodó.

Bernardo lo miró.

—Pero tenés que explicarme bien qué querés hacer.

—Ese día yo traigo los regalos y te explico bien —contestó Luis.

El 24 de diciembre a las nueve y cuarenta de la noche Luis llegó con sus pasitos

cortos y ansiosos a El popular, cargando un talego abultado y se sentó en la puerta que daba a la calle. Era su primer diciembre sin beber. En las mesas vecinas la gente reía y brindaba. Algunos conocidos lo saludaban con las copas de aguardiente en alto. “Salud”, les respondía con una sonrisa sincera, esgrimiendo su pocillo de café, mientras miraba el licor bajando por sus gargantas y sentía la deliciosa aspereza y el inmediato poder transformador de un trago entrando al cuerpo. Se fumó seis cigarrillos y se tomó cuatro cafés en media hora.

Bernardo llegó a las diez y quince, un poco agitado y sosteniendo una voluminosa bolsa plástica por cuya boca se asomaba una punta de tela roja y felpuda. Saludó, se disculpó por la tardanza y pidió un aguardiente doble. Cuando lo trajeron se lo bogó como si fuera agua. Luis se quedó mirando su rostro de placer y descanso.

—Yo quiero uno —dijo.

Bernardo lo miró un segundo y contestó sin ninguna inflexión en la voz.

—¿Y por qué me decís a mí? Decile al mesero.

Luis pidió el trago y se lo tomó de un tirón. Se quedó unos segundos en silencio, con los ojos cerrados y arrugando la cara en un gesto doloroso y plácido como si hubiera acabado de recibir, en el mismo instante, un golpe y una caricia. Luego explicó el plan punto por punto. Bernardo lo escuchó atento.

—Todo parece sencillo, menos la parte de convencer a tu exmujer —dijo cuando Luis concluyó.

—Entregale esto —Luis extendió una hoja con un párrafo escrito a mano.

Bernardo guardó la hoja en el bolsillo del pantalón y se dirigió al baño sosteniendo la bolsa plástica con ambas manos. Volvió, diez minutos después, convertido en un barbudo viejo gordo, con un vestido rojo propicio para inviernos septentriona-

les pero que en el trópico sofocaba con solo verlo. Luis acabó de vaciar una copa, tomó el talego y empezó a sacar su contenido. Los regalos habían sido empacados por un artista, alguien que había aplicado toda su energía a perfeccionar cada doblez y a pulir pliegue por pliegue y moño por moño. Cada uno tenía una tarjeta grande con un nombre escrito a mano alzada. Luis describió el contenido de cada regalo y explicó lo que Bernardo debía decir en cada caso. Papá Noel metió de nuevo los regalos en el talego y salieron caminando por el parque de Envigado hacia el auto de Luis.

En el camino a Sabaneta el Renault 6 blanco se detuvo dos veces: en una se tomaron sendos aguardientes dobles y en una panadería Bernardo se bebió un café, se comió un pan y después se chupó un confite de menta. Dos cuadras antes de la casa de Sandra, Luis detuvo el carro. Bernardo se bajó dificultosamente. Una vez afuera volió el talego hasta su espalda y salió caminando como si fuera gordo.

Miró la fachada de la casa, cotejó la dirección y tocó la puerta. Abrió un niño carirredondo y rechoncho, noventa centímetros de altura, pelo negro y lizo, con unos ojos chiquitos y brillantes, que se quedó lelo mirando la aparición. Cuando Bernardo iba a hablar le cerró la puerta en las narices y entró gritando a la casa.

—¡Mami, es Papá Noel!

Luego la puerta se entreabrió y aparecieron unos ojos gigantes y claros que lo miraron desde abajo y a través de una maraña de pelo ensortijado. Bernardo sonrió y la niña, después de quedarse paralizada unos segundos, cerró la puerta de golpe y corrió al interior de la casa.

—¡Papá Noel está afuera!

Bernardo levantó la mano para volver a tocar cuando surgió una mujer delgada y trigueña, de pelo rubio recién cepillado, ojos verdes y alargados, con una ceñida blu-

sa anaranjada y unos pantalones anchos, de pliegues, que en algún lugar debían tener todavía la etiqueta del almacén. Papá Noel no le dio tiempo de sorprenderse.

—Vengo de parte de Luis. El solo me envió para pedirle el favor de que le reciba unos regalos —y puso el costal sobre el piso.

La mujer lo observó de arriba abajo y luego miró detrás de él como buscando la presencia de otra persona.

—¡Papá Noel está afuera! —gritaron los niños a coro, desde el fondo de la casa.

—A ese señor no lo conocemos en esta casa —dijo, cortante, la mujer.

Bernardo se quedó en silencio y luego gagueó.

—Él... él ha cambiado. No se va a aparecer por acá, no se preocupe... Seguro —dijo y le extendió la nota de Luis.

La mujer lo miró desconfiada, pero recibió el papel y empezó a leer.

—¡Sandra! —gritó una voz ronca desde el segundo piso— ¿Quién es?

La mujer acabó de leer la nota, giró hacia el interior de la casa y gritó a su vez.

—Amor ¡bajá!

Detrás de la mujer apareció un moreno con camisa de cuadros metida por dentro del pantalón, de la misma estatura de Bernardo, pero mucho más fornido. Miró a Papá Noel y todos los músculos de su cara se contrajeron alrededor de la nariz. Luego miró a Sandra, que le extendió el papeliito. Papá Noel se aferró al costal. A medida que el hombre leía su rostro se iba enrojeciendo. Devolvió la nota a su mujer y miró a Bernardo con piedras en los ojos. Después se dirigió a la mujer como si el otro no existiera.

—¿Y vos qué pensás?

—Jairo, yo creo que los niños no tienen la culpa de nada.

Jairo asintió y luego levantó la barbilla señalando a Bernardo.



—¿Y cómo sabemos que este tipo no es un ladrón?

—Mire, no vengo con nadie. Si quiere me puede requisar y revisar los regalos —dijo Papá Noel levantando los brazos a los lados.

Jairo avanzó con un paso firme y miró a los alrededores de la casa. Luego agarró a Papá Noel por el brazo y lo entró de un tirón. Bernardo manoteó sin saber lo que pasaba y como el hombre no lo soltaba empezó a forcejear con todo el cuerpo hasta que se enredó con sus propios pies y se fue de bruces arrastrando a Jairo en su caída estrepitosa sobre el piso de la sala.

En el suelo, Jairo hizo un rápido movimiento de luchador olímpico que lo puso encima del cuerpo de Papá Noel. Retorciéndole el brazo con una llave maestra alcanzó a mascullar: “salís ya de esta casa hijue...”, cuando vio las caras de los dos

niños que los miraban sin pestañear ni articular palabra.

—¡Qué abrazos tan fuertes das, Papá Noel! —gritó Sandra. Tomó a los niños de las manos y subió con ellos por las escaleras— Ahora volvemos porque Papá Noel tiene que preguntarle a Jairo cómo se han portado los niños.

Papá Noel se puso de pie, se sacudió el traje y vio a Jairo con una mano empuñada y la otra señalando la puerta.

—Jo, jo, jo —respondió, haciendo un megáfono con las manos— ¡Niños! ¡En unos segundos pueden bajar!

Desde arriba se oyó un alborozo de gritos contenidos.

—¡Te abris! ¡Te vas ya! —dijo Jairo hablando fuerte y bajito.

Bernardo contestó con un grito mientras se agarraba la barriga.

—¡En diez segundos niños!... nueve...

Se oyeron pequeños aplausos y brinquitos arriba. Jairo movió la cabeza arriba y abajo y miró a Bernardo chiquitico. Se le acercó y lo habló pegado a la cara.

—Listo, hijueputa. Vas a entregar los regalos, pero primero te voy a requisar.

Puesto contra la pared, Papá Noel extendió las manos y separó los pies sin dejar de contar en voz alta.

—Ocho, siete...

Jairo tanteó la silueta de Papá Noel con movimientos rápidos y toscos. Luego cogió el talego y sacó regalo por regalo; los sopesó y los acercó a sus oídos tratando de escuchar el interior.

—Tres, dos... —decía Papá Noel en voz alta.

Jairo acabó la requisa sin encontrar ni un alfiler, se frotó las palmas de las manos y se acomodó la ropa.

—Entregá pues los regalos, pero todavía no creo en vos. Te estoy vigilando cada movimiento.

—Jo, jo, jo —tronó Bernardo con una voz gruesa y algodonosa— ¡Feliz, feliz Navidad!

Los niños bajaron corriendo y se detuvieron perplejos a contemplarlo. La sala era amplia. En la pared del fondo estaban las escaleras que daban al segundo piso y en la esquina refulgían las lucecitas intermitentes del árbol. Al lado, un pesebre con ríos de papel aluminio, espejitos circulares que hacían de lagos, cascadas de papel celofán y prados de cartulina verde ocupados por caballos, ovejas, patos, pastores, camellos, automóviles modernos y casas de cartón, todos de tamaños y proporciones distintas. Recostado a la pared derecha había un sofá café de cojines gruesos forrados en tela; en el lado opuesto, dos sillones individuales iguales al sofá.

Papá Noel, en el centro, llamó por sus nombres a los niños y los levantó, dificultosamente, en brazos. Sandra, de pie, al lado

del sofá, miraba con rostro seco. Frente a ella, arrellanado en uno de los sillones, Jairo con la mirada fija en Bernardo.

—A ver —Papá Noel se inclinó, metió las manos en el talego y sacó una de las cajas—, este es para Melisa.

La niña recibió el paquete como ahogándose y se abrazó a la pierna de Papá Noel; luego se concentró en destapar el regalo. El niño recibió el suyo y rompió con salvajismo lo que había sido envuelto con tanto arte. Cuando el contenido de las cajas apareció, los niños asombrados miraron a su madre y le señalaron los regalos con los rostros encendidos y gestos que parecían no caberles en las caras. Papá Noel los miró, miró a Jairo, y dio su trabajo por terminado. Se despidió de los niños haciéndoles prometer que se comportarían bien el año entrante, tomó su talego vacío y se dirigió a la puerta. Jairo lo siguió respirándole en la nuca y Sandra salió tras ellos. Cuando estuvieron afuera Sandra tomó a Jairo por el brazo y lo apretó.

—Este señor no tiene nada que ver, Jairo; es solo un amigo de él.

Jairo se quedó en silencio, dio vuelta y entró en la casa dando un portazo.

—Señor, gracias —dijo Sandra.

Papá Noel, que ya estaba llegando a la acera, se detuvo y dio vuelta.

—Por nada —dijo e hizo una inclinación.

—Dígale que gracias... pero que no piense que con esto ha solucionado nada.

—No, él no está esperando solucionar nada —dijo Bernardo y salió caminando como un gordo.

\*\*\*

—¿Cómo te fue? —preguntó Luis ansioso.

—Quedaron felices.

En el trayecto de regreso a Envigado se detuvieron en varias cantinas. Cada vez

que Papá Noel describía un gesto o una expresión de los niños, Luis apretaba el volante con fuerza y el brillo de los ojos iluminaba todo el vehículo por unos segundos.

En El popular ocuparon la mesa de siempre y siguieron hablando hasta que Papá Noel se paró tambaleante para el baño y luego regresó y Luis volvió a hacerle la pregunta que a Bernardo le pareció estúpida.

—¿Estás seguro de que sacaste todos los regalos del costal?

Para salir de una vez por todas del asunto Bernardo volteó el costal al revés. En el fondo, adherido a la tela con cinta transparente, había un sobre que hasta ahora no había visto. Escrita con la misma letra a mano alzada con que estaban marcados los regalos había una frase: “Para Papá Noel”. En el sobre había cuatro billetes de cincuenta mil. Bernardo los miró sin expresión alguna.

—Es el traído del niño Jesús para Papá Noel —dijo Luis sonriendo.

Bernardo lo miró en silencio durante unos segundos. Luis temió que lo fuera a tomar a mal. Bernardo cerró y abrió los ojos, asintió, sonrió levemente, miró hacia el fondo del negocio y tronó levantando los billetes:

—¡Jorge!

Jorge estaba al fondo, por los lados de los billares, descargando un charol.

—¡Ahora voy, Bernardo, que estoy ocupado!

Bernardo siguió moviendo los billetes en el aire y se puso de pie. Habló fuerte y seco, con la misma voz ronca con la que les recitaba a las palomas cuando estaba despechado.

—¡Venga a ver, cóbrese lo que les debo pa que quedemos a paz! ¡Y traeme por favor una botella de aguardiente con agua y pasante de naranja y coco! ■■